

SON SOLES
Ó NEGA

MIL BESOS
PROHIBIDOS



Sonsoles Ónega



Mil besos prohibidos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sonsoles Ónega, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2020

Depósito legal: B. 5.547-2020

ISBN: 978-84-08-22783-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

Aquella tarde del mes de septiembre, recién estrenado el otoño, ocurrió algo extraordinario en la Gran Vía de Madrid. La capital aparecía envuelta en la nobleza de la última luz del día.

Costanza Mendiola, fiscal por oposición y abogada reciente en un bufete, había cogido un taxi para visitar a su cliente. Era banquero, pero no iban a verse en la sede del banco, sino en un apartamento clandestino. Ellos dos solos. Él exigía hacerlo así.

—Prefiero que nos veamos en otro sitio —le dijo la primera vez que le escribió en un pósito amarillo la dirección de la Gran Vía.

No llegó a pronunciarla en voz alta porque no se fiaba del banco ni de las redes de extorsionadores que poblaban las alcantarillas de las ciudades con parqué.

Costanza tenía que preparar con él la declaración en el primer juicio de la Gran Estafa ante los magistrados del Tribunal Especial, las acusaciones y el fiscal experto en delitos económicos que llevaba meses, incluso años, estudiando su caso. Se lo sabía al dedillo, así que el banquero acusado tenía que ir bien preparado.

Había atasco en el prostíbulo del capitalismo, esa gran avenida que Alfonso XIII y Canalejas jamás imaginaron que se rendiría al consumismo, que el dinero haría llagas en las tiendas pequeñas y se invocarían todos los ismos para matar teatros, camiserías a medida, cafeterías de camareros con pajarita, comercios a los que la alcurnia no les garantizó la eternidad.

—Me quedaré por aquí —le dijo Costanza al taxista—. Tar-
do menos andando.

—Como quiera.

Pagó la carrera —siete euros con cincuenta céntimos— y bajó del taxi. No le llevaría más de cinco minutos recorrer a pie el tramo desde el número 27 hasta la esquina con la calle Alcalá. Despegó la mirada del móvil y descubrió que todos miraban el suyo campando por los márgenes de las aceras, sin reparar en el rojo del semáforo o en el coche eléctrico que ya no hacía ruido al avanzar sinuoso por el asfalto de la ciudad minada de objetivos y cámaras.

Cámaras que todo lo ven y que aquella tarde, a las seis menos siete minutos, registraron la siguiente imagen:

Mujer vestida con gabardina beis, bota de tacón hasta la rodilla, maletín brocado en la mano izquierda, se baja de un taxi y se encuentra con un hombre alto, forrado con abrigo negro. Negros son también el pantalón y los zapatos.

Las pantallas no registraron la magia del momento. Ni lo que él sintió cuando la vio, ni el temblor de sus manos en la despedida.

Era ella y solo ella: Costanza Mendiola. Sin atributos, desnuda de abalorios. Esencial. La última mujer de sus recuerdos, la única a la que había amado, surgía entre la multitud tal y como la había archivado su memoria. Parecía de hierro. Pero seguía siendo de cristal. Hermosa y frágil.

Mauro, el primer hombre al que ella había deseado, el que se marchó sin decir nada. Un cuerpo a acuarela que se fue difuminando en el horizonte, pero que nunca dejó de estar, y por eso, aunque el tiempo corrió veloz en sus vidas, el hombre volvió a ser en la Gran Vía lo que siempre había sido. Todo seguía igual. Había permanecido inalterable. Su sonrisa amplia. Su voz profunda y algo desgastada. Su mirada de ojos verdes.

Aunque no lo dijeron, aunque los dos solo se miraron y apenas intercambiaron algunas frases sueltas; aunque todo eso fue así, sintieron que nada había cambiado después de su largo viaje. Por fin habían vuelto de las trincheras de sus vidas.

Las cámaras certificaron la última escena:

Él la besó en la frente y la dejó marchar.

Y en el aire flotó un manto de amargura y el aliento de terciopelo coloreó las palabras.

—Nunca pensé que volvería a verte, Costanza.

Costanza Mendiola caminó rápido hasta el despacho de su cliente. Los pensamientos la recorrieron como una cascada. Aquel día entendió que nada había sido casual.

Pero...

—La casualidad nunca es un desenlace.

Sonrió mientras una bocanada de aire fresco entraba en sus pulmones.

El origen del que nunca pudo huir fue la piel que ahora necesitaba habitar.

CAPÍTULO 2

La piel de Mauro había sido tierra proscrita por Costanza. O por el propio Mauro, que cerró su cuerpo con llave y la tiró al mar. Fuera por él o por ella, lo cierto es que sus vidas se separaron veinte años atrás y lo que pasó en ese tiempo transcurrió por caminos insondables para ambos. Ahora Costanza pensaba que una casualidad aleatoria, un atasco inoportuno que provocó que ella bajara del taxi antes de tiempo, o ese cambio de trabajo que la había llevado a colgar la toga de fiscal para ser abogada de un tipo con despacho en la Gran Vía los había colocado en la misma acera.

—Pero la casualidad nunca es un desenlace... —repitió.

Resultaba pueril e inmaduro. La vida le estaba dando la oportunidad de reencontrarse con ese hombre idealizado durante tantos días como sumaban los años de la distancia impuesta. El amor de joven es un tatuaje en el corazón. Nunca se olvida. Nadie puede borrarlo. Ni siquiera el tiempo, que es la cura de la nostalgia.

Costanza se preguntó si le había perdonado después de todo lo que pasó.

—Sí —se contestó con el miedo asomando en sus labios.

Era algo más que miedo. Se le revolió el estómago y notó cómo todo su pasado se abalanzaba sobre ella.

Y ahora, en la misma línea del perdón, volvió a preguntarse si había reparado en el detalle de su cuello.

En efecto, bajo el negro de su vestimenta asomaba blanco el alzacuellos del padre Mauro. Nunca lo había visto vestido así, tocado por su condición. La señal de lo prohibido. Sagrado.

No quiso contestar la pregunta porque la conciencia habría clamado contra ella tratando de sacudirse la imagen de su cabeza antes de golpear con los nudillos la puerta de la oficina clandestina.

El timbre estaba desconectado porque alguien le había dicho a su cliente que los cables podían ser utilizados para hacer un puente y colocar un micrófono.

«Golpeas tres veces seguidas y yo te abriré.»

A Costanza le pareció delirante, pero entendió que era su forma de defenderse de los fantasmas.

Esperó unos segundos y oyó sus pasos.

—Gerardo, soy Costanza. ¿Me abres?

A don Gerardo Barrios se le cayó el don tras las primeras entrevistas que mantuvo con la abogada.

«Llámame Gerardo a secas. Y trátame de tú, por favor», le dijo una vez franqueada la barrera entre cliente y letrada.

Costanza sonrió y asintió.

«Pero en el juicio volveré a tratarte de usted.»

«Eso será en el juicio...», contestó el banquero como si fuera un remoto destino, una parada de tren en la que no se bajaría.

La puerta se abrió y la realidad volvió a imponerse con su terca intransigencia. Estaba ahí, ahora. Lo sucedido en Gran Vía tendría que esperar. Costanza silenció su móvil, no sin antes comprobar que había archivado correctamente el número de teléfono de Mauro después de que él hiciera una llamada perdida. Deslizó el dedo veloz por las letras del abecedario hasta la M.

Y se repitió lo que él le había dicho:

«Acabo de volver de Roma. Me esperan cambios importantes, pero si me necesitas podrás encontrarme en la parroquia de San José. Vivo ahí.»

A Costanza le había recorrido un escalofrío, pero no se ha-

bía inmutado. No había dicho nada. Ni preguntado nada porque, de haberlo hecho, se habría sentido en la obligación de contarle dónde vivía ella y que llevaba once meses separada de JL, concretamente desde enero de ese año, cuando su matrimonio hizo aguas como un pantano desbordado. Después le habría tenido que explicar que, por las mismas fechas, había colgado la toga de fiscal para empezar a ejercer la abogacía, pero que el cambio de trabajo solo había generado en ella un espejismo de recuperación. Una suerte de virtualidad.

«Como los tiempos que nos ha tocado vivir, Mauro. Virtuales y mentirosos», habría añadido.

En ese momento, y precisamente para no mentir, Costanza Mendiola habría tragado saliva y obviado el capítulo de su madre, doña Rosalinda, que seguía viva, aunque se publicó una es-
suela para anunciar su muerte.

Y habría continuado nombrando a su hija:

«Mi linda Valeria, que murió en 2012.»

El relato de todas esas realidades sin remedio ni solución no podía ser entonado de cualquier manera en medio del tumulto, interrumpido por los cláxones de los coches de la Gran Vía.

Sin embargo, aquella tarde de septiembre, Costanza sintió que esa misma vida que le había tocado vivir, con todas sus desgracias juntas, se hacía ligera al saber que él estaba de vuelta. La simple presencia de Mauro en la ciudad apaciguó su sentimiento de orfandad y calmó una pena que no admitía etiquetas. Las tenía tan usadas que ya no servían para clasificar sus estados de ánimo.

Solo la tira blanca bajo las telas negras agitaba un extraño sentimiento de culpa en ese lugar preciso o impreciso entre el estómago y la garganta, cerca del corazón, pero sin rozarlo, agazapado entre las costillas y el esternón. A medio camino de todo y de nada.

CAPÍTULO 3

Gerardo Barrios la saludó con la educación en él habitual. Sujeto la puerta y le indicó con la mano que podía pasar al apartamento reconvertido en despacho.

—No es grande, pero aquí estamos a salvo —dijo mientras echaba el cerrojo.

Se había desabrochado los primeros botones de la camisa blanca con sus iniciales —G. B.— bordadas en hilo azul a la derecha de los tirantes del mismo color con acabados en piel. Varias vueltas a los puños descubrían sus antebrazos velludos. Costanza vio la corbata sobre un sofá de piel negra junto a la chaqueta del traje. El espacio era diáfano y sencillo. Cuadrado. Poco mobiliario. El sofá, una mesa de madera, dos sillas y una tercera sobre la que identificó la pila de carpetas de distintos colores que ya había visto en la oficina del banco. Al lado, la maleta con ruedas que Gerardo Barrios usaba para trasladar de un sitio a otro las carpetas y todo lo demás. Las persianas de las ventanas estaban bajadas, una lámpara de luz blanca iluminaba el escenario y una estufa de bombillas halógenas lo calentaba. A la izquierda había una pequeña cocina con una cafetera y, por un momento, Costanza deseó un café antes de empezar a trabajar. Sabía que aquella tarde se convertiría en noche. Y sería larga.

—¿Dónde quieres que me siente?

—Vas ligera —advirtió el banquero señalando su maletín.

—Lo tengo todo aquí —contestó la abogada llevándose el dedo índice a la frente y desabrochándose la gabardina.

Gerardo sonrió.

—Me gustan las mujeres listas. Me habló muy bien de ti Lerma.

Costanza tragó saliva.

—No sabía que os conocierais.

—Es el abogado de tu familia, ¿no? —preguntó Gerardo Barrios.

—Sí.

—Con tu padre coincidí en alguna ocasión. Es un tipo sublime.

«Los círculos del poder acaban siendo pequeños y atosigantes», pensó Costanza antes de desviar la conversación.

—Los jueces y el fiscal también son listos. No perderán detalle de tu declaración.

—Esos solo buscan fama —contestó con desprecio—. No quieren justicia.

—No empecemos.

Gerardo se sentó en la silla de espaldas a las ventanas cerradas y sacó un taco de folios de una cajonera que quedaba a su derecha, debajo de la mesa. En una esquina asomaba su familia en una fotografía enmarcada en plata. Su esposa, Ana, los dos niños y un perro de color blanco.

Costanza volvió a desear un café, pero pidió agua y Gerardo abrió otro cajón, cogió una botella de plástico y la dejó en la mesa.

—Aquí tienes.

Ella la abrió y dio un trago largo. Estaba sedienta y desconcentrada. O quizá sería más preciso decir que estaba ansiosa. Pero sabía que su cliente no debía apreciarlo, así que cerró la botellita, se pasó la lengua por los labios y empezó a hablar:

—Si contestas al fiscal, los magistrados no preguntarán —explicó mientras arrancaba su ordenador portátil—. Les valdrá con las contestaciones que le des a él. Se fiarán. Pero tienes que contestar, Gerardo.

—No lo haré. Solo contestaré a mi abogada. A ti.

—Es mala estrategia de defensa. Lo he hablado con el señor Suárez. Él también está de acuerdo.

—¿Irás a la declaración?

—Sí, y quiere que contestes.

—¿Sabe que estamos aquí?

—No. No lo sabe. Pero sí me pide que te haga llegar su opinión.

El señor Suárez era el jefe del departamento de Derecho Penal del despacho de abogados Roth & Co. que había fichado a Costanza. Un tipo con experiencia en el Tribunal Especial que iba a juzgar a Gerardo Barrios. Letrado de peso jurídico y buena fama entre jueces y fiscales. No se trataba de apabullar, pero Costanza creía que su presencia barnizaría la figura de su cliente. Cuando el señor Suárez aparecía en las vistas, el ambiente se revestía de solemnidad, y a ella eso le gustaba porque entendía que, bajo su palio, operaba la prudencia.

No hacía calor, pero el banquero había empezado a sudar.

—¿Por dónde irá el fiscal? —preguntó.

—Querrá saber quién fijó la cantidad de las jubilaciones. Quién acordó pagaros, a ti y a los otros dos acusados, cinco millones de euros. En base a qué principio...

—¡El consejo! —la interrumpió Gerardo Barrios—. ¿Quién iba a ser?

—Gerardo...

—Déjame que te lo explique... —insistió él.

—Ya me lo has explicado muchas veces. Todo lo acordó el consejo, pero eso no le convencerá. Y menos al tribunal. Las jubilaciones estaban infladas.

Las palabras de la abogada inyectaron rabia en la mirada de su cliente.

—¿Infladas?

—No es una opinión. Es la acusación —afirmó Costanza con rotundidad—. ¿Quién decidió las cantidades, Gerardo?

—¡Vuelvo a decírtelo! —rugió él—. ¿Estás conmigo o con ellos? —preguntó encendido de cólera.

—¿Dudas de mí? —preguntó Costanza—. Si dudas de mí, no tenemos nada más que hablar.

Gerardo se levantó de la silla y mesándose el pelo con las dos manos se dirigió a la cocina. Costanza oyó el agua del grifo y lo imaginó bebiendo o mojándose la cara.

Tardó unos minutos en volver.

—Sigamos, por favor —le pidió Costanza—. Pasemos al préstamo a la constructora. ¿Recibisteis un chalé gratis como contrapartida a las beneficiosas condiciones del crédito? ¿Fue así o no?

—¡También lo aprobó el consejo de administración!

—Reconoce, al menos, que se os adjudicó una vivienda...

Gerardo Barrios no quiso seguir escuchando.

—Costanza —dijo acercándose a ella a una distancia poco prudente—, te diré algo: no iré a la cárcel. No iré —repitió.

—Gerardo...

—¡No iré a la cárcel! —bramó—. Y si quieres seguir siendo mi abogada, harás todo lo que haya que hacer para que yo no vaya a la cárcel. Y si no lo haces, lo haré yo.

—No depende de mí. Si contestas, si conseguimos ordenar todo eso —dijo señalando las carpetas de colores—, si colaboras, no irás a la cárcel. De momento.

—¿De momento? ¿Qué estás insinuando?

—Nada que no sepas. Te acusan de delitos que acarrearán penas de prisión.

—No iré a la cárcel y conviene que se te grabe aquí —contestó colocando el dedo índice en la frente de la letrada—. Y ahora, sigamos.

Y siguieron.

A las diez de la noche Costanza sintió un hormigueo de hambre en el estómago. Pero, igual que no pidió café, no pidió comer.

A las once, se levantó al baño y se refrescó los ojos con suero fisiológico.

A las doce, Gerardo había fumado tanto que el ambiente era irrespirable. Ella le pidió abrir las ventanas para que, aún con las persianas bajadas, entrara algo de aire.

A la una, Costanza consiguió que memorizara una frase.

—Señores, el crédito a la constructora Barecon y las cantidades de las jubilaciones fueron decisiones votadas en el consejo de administración.

A las dos, Gerardo admitió que la cantidad de cinco millones de euros era abusiva y que nunca debieron aceptar una vivienda gratis.

A las tres, Costanza logró que reconociera eso ante los fiscales.

—Les gustará que asumas esas dos responsabilidades. Al menos esas.

A las cuatro, Gerardo esnifó una raya de cocaína sobre la mesa donde estaban esparcidas las pruebas de sus delitos y de su inocencia.

—Si no es mucho pedirte, te rogaría que no lo hicieras delante de mí —sugirió Costanza retirando la mirada.

Pasaban unos minutos de las cinco cuando Costanza decidió que ya no había más defensa que explorar. Lo que quería decirle se lo había dicho. No todo, pero sí lo sustancial. Era regla número uno de un abogado no mezclar opiniones personales con argumentos jurídicos.

A las seis menos cuarto, cerró su ordenador, desenchufó el teléfono móvil, que se había quedado sin batería pasada la medianoche, enrolló los cables, lo metió todo en su maletín, se puso la gabardina y esperó a que él ordenara su mesa, se adecentara la camisa, recolocara los tirantes. El banquero metió la corbata en el bolsillo de la chaqueta del traje y apagó las luces.

Bajaron juntos en el ascensor. Costanza desvió la mirada del rostro agotado que le devolvía el espejo del habitáculo. Cuando llegaron al portal, Gerardo agarró el pomo con las dos manos.

—Costanza, tú solo puedes ganar porque te pago muy bien. Recuérdalo siempre. Pero yo...

—¿Tú qué, Gerardo?

—Yo no voy a perder lo único que me queda.

El aire de la calle se coló por la puerta cuando él la abrió para dejarla pasar. La acera brillaba bajo los destellos de las farolas. Costanza se subió el cuello de la gabardina hasta taparse la boca.

—No me hables a mí de perder —replicó ella con humildad. Rumió las palabras como hierba fresca en la boca.

—A mí no me hables de perder —repitió, como si *perder* fuera un verbo que resumiera su existencia.

Y recordó que Mauro también ocupaba espacio en esas pérdidas que había ido coleccionando.